

Fue dada de la veteadada hechura de su palma,
en mi rostro, el fuego de una eterna hoguera,
exento de pecado, pues no era él, sino yo, de su historia la dama,
entera culpable condenada a lo que su mano deparara,
y son sus vetas, no en mi cara, sino grabadas en mi alma
las que fustigan sin remedio, con las que me capturara.

Bajo bóveda arrebolada justificose cuando amanecí,
su figura exudaba culpa y de rodillas me imploraba,
aturdida, aun con dudas, sus palabras permití,
la estancia de ilusiones y mil promesas colmaba,
creyéndolo caso aislado de sus actos lo absolví,
mas siquiera cumplió la semana y mi piedad así me castigaba...

Del cerúleo hielo del silencio a raudales brotó,
la fría agua de puñales de un sonido atronador,
de la pálida tibia luz de mi quietud surgió,
la viscosa negrura de la oscuridad de mi dolor,
del milagroso oasis de vida de un amado nació,
el cortante desierto de mortales arenas, un maltratador.

En nombre de aquello mis lágrimas se derramaron,
tildado de amor no era sino de entre los suplicios el peor,
sus vocablos me quisieron, pero sus manos me hirieron,
vivía encadenada y presa de mi ceguera, reclusa de mi agresor,
pero rompiose el espejo, cayose la venda y mis ojos se abrieron,
fui destellada por el fulgor de la verdad de mi crucifixor.

Se acrecentó inenarrablemente de la espada la presión,
por sobre mis hombros mi cráneo rezaba a cualquier cielo,
se despojó mi cuerpo de todo temor, tomando el mástil con decisión,
de sí pendía una bandera, que con el poder de la brisa alzó en vuelo,
ondeante por la pronta libertad se tornó en renovada visión,
comprendí que habría de pugnar por mí y así me batí en duelo.

Largos años se sucedieron hasta que atavié de valentía la piel,
una noche de novilunio fundí mis barrotes, hice mía la partida,
y resguardada por sombras avancé hasta sentir en mi garganta la hiel,
se oyó una voz, me inmovilizó, aseguraba muerte si osaba traspasar la salida,
me zafé de sus garras y llegué al umbral, pude saborear del momento la miel,
fue mi cuerpo henchido del coraje de mis antecesoras y bramé, con voz convertida:

“A mi lado Chavela *No Volveré* está cantando
y al otro Ana Bolena su propia cabeza sujetando,
son las cenizas de Juana en el aire flotando
y la sangre de Emily Davison por mis venas corriendo,
de Catalina la Grande el poder, el talante y el mando,
mas de todas las mujeres la fuerza estoy empuñando”.

He ahí la mayor de las enseñanzas y heme aquí enseñándola,
no hay mujer que afronte sola la pesantez de su sufrir,
millares, antes, han dado su vida por la causa, sacrificándola,
son ellas y su lucha aquello que en ti reside y ha de residir,
milenios de tortura, ni un instante más sigamos tolerándola,
no es tiempo de aflicción, sino de revolución, tenemos derecho a elegir.

Ármate mujer, dame la mano,
busquemos todo aquello que se nos ha negado,
iniciemos la marcha pues no será en vano,
construyamos el mundo tantas veces soñado.
¡Y ya basta! No más trato indigno, inhumano
¡Respetadnos! que por ellos ni un cuerpo más sea magullado.

-Una voz en novilunio empuñada-
-Enaitz R. Iriarte-